

REVELAR Y REBELARSE

Muchos de ellos no entienden el idioma. Son jóvenes y están muy delgados, aunque se les marcan los músculos en unos brazos fibrosos que se afanan cada día de sol a sol sobre la tierra, sobre las plantaciones de jugosas fresas que contrastan con sus labios resecos. Viven en condiciones casi animalescas, apenas protegidos del calor vespertino mediante unos entramados de paja que ellos mismos han hecho; si bajan mucho las temperaturas durante la noche, se refugian en precarias chabolas de plástico y cartón; si no, duermen al raso. Sin ningún tipo de infraestructura sanitaria ni higiénica en el asentamiento que han levantado cerca de donde trabajan, los más pudorosos se alejan varias decenas de metros para hacer sus necesidades tras algún arbusto. Se lavan como pueden, con bombonas de agua que cargan hasta allí. Al caer la tarde encienden hogueras para tener la luz que les falta. Ha habido incendios. Y con resultado de muerte. Pero a quién le importa la vida de unos cuantos malienses sin papeles, sin identidad legal. Se llaman Mamadou, Ousmane o Daouda, nombres sonoros que invocan el favor de su Dios y que los padres les dieron convencidos de que la magia de las palabras se haría realidad en sus hijos, aunque de momento no se hayan cumplidos sus deseos...

Nada más lejos que la fortuna o las bendiciones divinas en unas existencias furtivas como las suyas, ocultas a la mirada de la mayoría. Porque el mismo país que los recibe entre autoritario y avergonzado, los ignora, se vuelve de espaldas para no ver lo que sabe que existe a tan solo unos kilómetros de sus propias casas, bien provistas de cuanto carecen los otros, los invisibles. No han encontrado aquí la tierra prometida; y no obstante es posible que vuelvan más veces como temporeros, eternos nómadas de un lugar a otro, de estación en estación y de fruto en fruto.

Yo les he visto con el ojo imparcial de mi cámara; ella no miente; no hay invención alguna en las fotos que luego revelo. Sentados al final del día, con el gesto cansado, sudorosos, miran hacia el objetivo con el hartazgo de quien ha tenido, pese a su corta edad, una vida demasiado larga, demasiado penosa; porque en sus espaldas pesa la crónica de todo su pueblo, de los largos años de violencia, inseguridad y pobreza. No esperan nada, aunque puede que todavía conserven la esperanza.

Los dos días que pasé con ellos fueron pocas las palabras, pero muchos los gestos, las actitudes, los silencios. Iban vestidos de colores y, sin embargo, al retratarlos,

me acordé de los del 25 de marzo, de aquellas viejas fotografías en blanco y negro, rescatadas de periódicos amarillentos, que mis abuelos guardaban para no olvidar nunca, para que la memoria de los campesinos extremeños perdurase en las generaciones siguientes; fueron esas instantáneas las que me trajeron hasta aquí, las que crearon en mí la necesidad de dar voz a los callados, a los que viven en los márgenes.

Me hice fotógrafa porque entendí muy pronto que la historia de unos hombres hambrientos, dispuestos a luchar por los suyos, era tan antigua como la humanidad, como el poder y los que lo sufren. Y que esa batalla se podía dar de muchas maneras; pero yo me decantaba, puesto que así lo había aprendido de ellos, a presentarla de una forma tan pacífica como la que ofrecieron mis antepasados; fue el suyo un levantamiento laborioso y desarmado. El mío habría de serlo también. Y opté por captar los rostros de la injusticia para mostrarlos al mundo, para visibilizarlos.

Y ahora que paseo entre los retratos de Mamadou, de Ousmane o de Daouda; ahora que la luz de los focos de esta sala de exposiciones los arranca de su anonimato y desvela en toda su crudeza la realidad que a menudo no queremos contemplar, agradezco más aún el esfuerzo de todos los que, al igual que ellos, arriesgaron sus vidas para hacer mejores las nuestras.

Abandono la muestra no sin antes detenerme en la imagen que la cierra. Es la del más joven. Tiene entre sus manos un pequeño coche de juguete que, según me contó el intérprete, le acompaña desde que dejó su país. Prometió regresar a su tierra montado en un vehículo mucho mejor que aquel: en él llevaría a sus padres a cualquier lugar del mundo con el que hubiesen podido soñar. Mientras el muchacho lo movía entre sus dedos, sonreía. Y en su rostro confiado, casi infantil, vislumbré el tiempo de lo posible. Por eso lo dejé para el final...

Aletheia